

señor auditor dar por concluída esta diligencia que firmaron después de su señoría los referidos señores y testigos, que fueron presentes, don Francisco Ignacio Carreño, Coronel Belford Wilson y Capitán Andrés Ibarra, por ante mí de que certifico.

M. Pérez de Recuero, José L. Silva, F. Bolívar, José Palacios, Francisco I. Carreño, Belford Wilson, A. Ibarra.

**José Catalino Noguera,**  
Escribano

---

### **CRONICAS DE SAN PEDRO ALEJANDRINO FUNDACION DE LA HACIENDA**

El teniente, Gobernador de la provincia de Riohacha, señor Fernández de Quero, cuyo nombre no trae la historia, hizo la fundación de la hacienda, a mediados del siglo XVIII, y le dio el nombre de San Pedro Alejandrino. Esta fundación se verificó, probablemente, un 26 de noviembre, día que la Iglesia tiene dedicado a este Santo.

Pertenecía el señor Fernández de Quero a la distinguida familia de los Castellanos Gómez, que tenían el título de señores del Castillo de San Juan Dios, de Santa Marta, el mismo que, andando el tiempo, ha quedado convertido en hospital. El fuerte de San Juan de Dios, y el de San Vicente, llamado después de Santa Bárbara, defendían la Catedral, el río Manzanares, y, en general, toda la ciudad de Bastidas.

Del señor Fernández de Quero descenden las familias samarias de apellidos Fernández y Díaz

### **PROPIETARIO DE SAN PEDRO ALEJANDRINO**

De su fundador pasó la hacienda, al través del tiempo, a don Ramón de Zúñiga. Era este señor tío de don Miguel Díaz Granados, el prócer y mártir

que residía en Cartagena, en donde se hallaba establecida su madre, doña Gabriela Fernández de Castro, desde que contrajo matrimonio, en segundas nupcias, con el centroamericano don Pedro Fernández de Madrid, Presidente que fue de las Provincias Unidas de la Nueva Granada. De este prócer fue legítimo hijo el diplomático don Pedro Fernández de Madrid, de quien descienden los Samper Madrid, de Bogotá. Doña Gabriela había nacido en Valle de Upar.

Del señor Zúñiga obtuvo la propiedad, por compra, don Manuel Faustino de Mier y Terán, uno de los cuatro peninsulares que llegaron juntos a Cartagena. Estos fueron el marqués de Sobremon-te; el conde Salamanca y Pestagua, fiscal del Rey en dicha ciudad; el citado señor de Mier y Terán y don Juan de Jesús Goenaga, jefe y representante, por entonces, en el Nuevo Reino de Granada y en la Capitanía general de Venezuela, de la Compañía guipuzcoana. El señor de Mier y Terán traía el nombramiento de Alcalde ordinario de la mencionada ciudad de Cartagena. Más tarde se dedicó al comercio en Santa Marta.

De las relaciones de amistad de los caballeros mencionados, vino que don Juan de Francisco Martín, a quien mucho distinguía el señor de Goenaga, obtuviera las de don Joaquín de Mier y Benítez, y que fuera uno de los Concejales que apoyaron al señor de Goenaga cuando se dispuso por la oficina española del Consulado, la limpia del Dique de Cartagena.

Al señor de Francisco Martín lo nombró el Libertador Bolívar — quien le profesaba alta distinción — uno de sus albaceas testamentarios.

De la familia de Mier existen parientes en Méjico, en Bogotá, en Santa Marta y Barranquilla. Bien conocido fue en la Corte del Rey D. Alfonso XII y en nuestro país el distinguido señor don Joa-

quín de Mier y Díaz Granados, Marqués de Santa Coa.

A don Manuel Faustino de Mier y Terán sucedió en la posesión de la estancia, por compra, don Joaquín de Mier y Benítez, su hijo, y de su legítima esposa doña María Teresa Benítez y....? En esta época gravaba la hacienda un censo que había constituido el fundador Fernández de Quero a favor del templo de Nuestra Señora de los Remedios, de Riohacha.

Don Joaquín fue quien cedió gustoso a San Pedro Alejandrino, por petición que le hicieron el Ilmo. Sr. Obispo Esteves, el general Montilla, el señor de Francisco Martín y el coronel Belford Hinton Wilson, para que se trasladara allí el Libertador en busca de una salud que desgraciadamente ya no hallaría. En aquella época tenía fama la región del pueblo llamado Mamatoco — en la cual está San Pedro Alejandrino — para las enfermedades pulmonares, como la que al doctor Réverend le pareció que afectaba al grande hombre.

De don Joaquín de Mier y Benítez, la propiedad correspondió, por herencia, a don Manuel Julián de Mier, legítimo hijo de dicho señor y de doña María Isabel Rovira y Dávila, nacida en Cartago del Cauca.

Don Manuel Julián cultivaba en San Pedro Alejandrino un antiguo ingenio de azúcar, productivo negocio que abandonó a consecuencia de una tentativa de que fue víctima, el día 27 de septiembre de 1872, en el paso del río Manzanares y de la cual salió mal herido. Esta tentativa de asesinato tuvo por causa un pleito que se ventilaba sobre los terrenos de Jamonacal, propiedad hoy de don José María Leiva. Abandonada por don Manuel Julián la valiosa heredad, quedó, tiempo después, en una casi total ruina.

Apesar de nuestros empeños no hemos podi-

do obtener otro dato sobre don Manuel Faustino y don Joaquín de Mier, que el que nos da don Jorge N. Abello. Según este respetable amigo nuestro, los citados señores nacieron en Cádiz. Ignora él en qué año.

Alarcón (Historia del Departamento del Magdalena) dice que don Joaquín falleció repentinamente en Santa Marta, el 16 de agosto de 1815. Don Manuel Julián, quien probablemente nació en Santa Marta, falleció en su hacienda de Papare.

### EL RELOJ

En 1888, cuando ocupamos la casa de la hacienda con una compañía, que mandábamos, del Batallón 11 de Sucre, que en Santa Marta había sido diezmada por la fiebre amarilla encontramos, arrojado por el suelo del patio principal, aquel reloj de pie — que aún se conserva — cuya péndola fue detenida a la una de la tarde del día 17 de diciembre por el coronel Wilson, en el instante mismo en que llegaba a su ocaso el sol de Colombia. Nosotros lo hicimos recoger, asear y colocar en la pieza en donde falleció el Libertador.

### LA MARCHA DE SELLES

Refería el señor Pedro Prado que tocando la banda de música del Batallón Pichincha — banda a que él pertenecía — una retreta frente a la casa de San Pedro, se asomó el Libertador a la puerta y le dijo al director o músico mayor, Selles, que la marcha que estaba ejecutando era muy triste; que la cambiara por un aire alegre, de la tierra. Todavía su espíritu reaccionaba, y las notas alegres, de la música traían a su mente los recuerdos de sus días de gloria.

Al señor Selles o Sieyes, que hemos mencionado, se debió la marcha fúnebre con que fue conducido al sepulcro el cadáver de Bolívar... Esta mar-

cha, reconstruída más tarde por don José Concepción Alarcón — auxiliado con los recuerdos de don Luis Santrich — fue adquirida para el Departamento del Magdalena en 1922 o 1923 por el entonces Gobernador, General don Lázaro Riascos Capella, y se encuentra protocolizada en la misma Notaría en que fue otorgado el testamento del Libertador.

El apellido del compositor de la marcha fúnebre ¿era Sieyes, francés, o Selles, español? Alarcón Francisco Selles (sin acento ortográfico alguno?) ¿Dónde nació y dónde murió este señor? ¿Era colombiano?

En Santa Marta existe — según lo asegura el señor Manuel Dolores Alvarez — uno de los papeles del reparto de esta marcha, amarillento ya por el tiempo, en el cual está la lista de los músicos que la ejecutaron en la tarde del 20 de diciembre de 1830.

Existe también en la misma ciudad la tradición de que uno de estos músicos, de nombre Elías, se equivocó en la ejecución de su papel, en el entierro, por lo cual selles (o Sieyes) le llamó la atención con la batuta. La lista a que nos referimos no ha sido publicada.

### EL TESTAMENTO

En “El Promotor”, periódico que editaba en esa ciudad el venerado señor don Domingo González Rubio (de gratísima memoria, decía D. Nicolás María de Paz, quien había servido como oficial, en 1830, en el Estado Mayor de la Comandancia General del Departamento del Magdalena (Provincias de Cartagena y Santa Marta), que a él le dictó el Libertador su testamento, y que habiéndose agotado el papel, continuó escribiendo en la pared lo poco que faltaba, hasta terminar. Después de hechas algunas correcciones, y provisto ya de aquel ele-

mento, copió todo, y lo llevó al escribano don José Catalino Noguera, de quien parece ser la letra del original.

Además de las amarguras que le proporcionaba la ingratitud de tantos que a él debían la posición de que gozaban sufría también las de una escasez rayana en la miseria. ¡No tenía papel para terminar el borrador de su testamento!

El Libertador confesó con el Ilmo. y Reverendísimo Sr. Obispo D. José María Esteves, de cuyas manos recibió la comunión, que fue llevada de **Mamatoco a San Pedro** por el Presbítero D. Domingo Fernández.

### LOS ULTIMOS COMPAÑEROS DE BOLIVAR

Al Libertador le acompañaban constantemente, en **San Pedro**, los Generales D. Mariano Montilla, D. Laurencio Silva, D. Trinidad Portocarrero, D. José María Carreño, D. Julián Infante y D. Luis Perú de Lacroix; los Coroneles D. Cruz Paredes y D. Belford Hinton Wilson; el Capitán D. Diego Ibarra y el teniente D. Fernando Bolívar. A este dato, que tomamos de una carta de Perú de Lacroix, que cita D. Luis Augusto Cuervo en su reciente libro **Apuntes Historiales**, agregamos nosotros los nombres del Ilmo. Sr. Esteves, del fiel Edecán O'Leary y de D. Alvaro y D. Manuel de Ujueta, quienes con el General D. José Sardá y el Teniente Coronel D. Juan Glenn, fueron constantes, como el doctor Réverend.

### JOYAS HISTORICAS

La espada que fue colocada sobre el féretro la conserva con religioso respeto la honorable familia Ujueta Martínez Guerra, de Barranquilla, por herencia de D. Manuel de Ujueta, dueño en 1830 de tan valiosa joya.

De la casa del señor de Ujueta se sirvieron los alimentos para el Libertador desde el día de su arribo a Santa Marta.

La misma familia Ujueta Martínez Guerra posee una carta de agradecimiento, que a D. Manuel dirigió doña Juana Bolívar y Palacios, hermana del Libertador.

El pañuelo que sirvió de sudario nos fue mostrado, en 1919, a un grupo de amigos, por su poseedor, el Dr. D. Juan Bautista Pérez y Soto, en casa de D. Manuel Julián Alzamora y Mier. El pañuelo es de seda floreada, de un vivo y brillante color de oro.

El mármol que el Capitán — después General — D. Joaquín Anastasio Márquez hizo colocar sobre el sepulcro del Libertador, se encuentra en Caracas, en el museo boliviano, bajo el número 2 del catálogo de aquel establecimiento.

D. Santander Márquez Macía, posee también, los funerales de cabo de mes, otra carta de la misma distinguida dama, hermana del héroe, para su ilustre padre el General Márquez.

### **COMPRA DE LA HACIENDA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO**

Se debe a los patrióticos esfuerzos de D. Ramón Goenaga, Gobernador del Departamento del Magdalena, durante la Presidencia del eminente hombre público D. Rafael Núñez, y cuando ejercía el mando supremo, como designado, D. Carlos Holguín, la adquisición para aquel Departamento, por la cantidad de \$ 24.000, de la propiedad de las trescientas hectáreas que midieron los terrenos de San Pedro Alejandrino; de esa cantidad pagó el Departamento \$ 14.000, y el resto el Tesoro Nacional (Ley 10 de 1892). La escritura pública contentiva del título legal fue firmada el 28 de febrero de 1921, ante el Notario D. Julio Ramón Sánchez, y lleva el

número 10, según consta en el volumen 1 del protocolo de dicho año, de aquella Notaría, que es la 1a. del Circuito notarial de Santa Marta.

El Gobernador Goenaga hizo reparar convenientemente la casa principal y las anexas, ingenio y de los esclavos y las dependencias, tal y como estaban en 1830, y coronó su meritoria labor con la erección de una estatua tallada en mármol de Carrara, en Italia, por el señor Pedro E. Montarsolo (1). la colocación de la piedra fundamental de la base se verificó el 28 de octubre de 1891. La inauguración — el 17 de diciembre siguiente — revisió los caracteres de una gran solemnidad, pues concurrieron a ella representantes de la Nación y de todos los departamentos.

### MONUMENTOS

La Ley 63 de 1924 (20 de diciembre) ha dispuesto que en San Pedro Alejandrino se erija un “monumento destinado a guardar el corazón del Libertador”.

Correspondió al Gobernador Goenaga el alto honor de la inauguración del primer monumento que al Libertador y Padre de la Patria se erigiera en Colombia por la autoridad pública, pues la estatua que ya existían en la plaza mayor de la capital, fue donada por D. José Ignacio París; los monumentos que la ley de 31 de mayo de 1843 mandó erigir en la Catedral de Bogotá para guardar el corazón, y en la de Santa Marta para señalar el punto en donde estuvo su sepulcro, naufragaron con el vapor Cuaspud, en las costas de Venezuela, en 1867; y la estatua que fue colocada en el templo del parque del Centenario de la ciudad capital y cuyo velo se descorrió por el Presidente de la República, General en Jefe D. Ezequiel Hurtado, el 20 de julio de 1884, fue retirada de allí, por no corresponder con las reglas de la estatuaría.

Después de la de San Pedro Alejandrino se erigió la ecuestre de Cartagena de Indias, a empeños del Gobernador del Departamento de Bolívar, D. José Manuel Goenaga. y se alza también la de Bogotá, desde 1910, en el parque de la Independencia, la cual es obra artística de Fremiet. Cabe decir aquí que esta estatua está emplazada cerca del punto en que Bolívar echara pie a tierra cuando en 1819 llegaba del campo de Boyacá, y en el lugar que se llamó hasta hace poco **El Bosque** y antes **La Ramada**, por haber acampado allí, en 1539, los 166 soldados del conquistador D. Nicolás de Federmann, quien desde el Cabo de la Vela, y atravesando montañas desconocidas, aun de los mismos indígenas, vadeando innumerables y torrentosos ríos, y luchando con el hambre y la desnudez y con los indios y con las fieras, salió al Valle de los Alcázares, adonde salieron también al propio tiempo, y con unidad igual, a reunirse con las del Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada, que señoreaba la tierra con una expedición del mismo número — la que seguía en persona aquel D. Sebastián de Belalcázar — de quien con justicia dice el historiador Quijano Otero “que se empinaba sobre los Andes para alcanzar a descubrir el teatro de sus proezas”.

**Tulio Samer y Grau**

---

### EL ENTIERRO DEL LIBERTADOR

El 17 del corriente, a la una de la tarde, falleció de muerte natural el Excelentísimo señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar.

En medio de varios amigos suyos y antiguos compañeros de sus glorias, cerró sus ojos para siempre, en la quinta llamada de San Pedro, distante una legua de la ciudad de Santa Marta. Inmediatamente se hizo por la fortaleza del Morro la señal de tres

cañonazos, y ésta fue sucedida de uno cada media hora, hasta que se sepultó el cadáver, como parte de los honores fúnebres que manda la ordenanza en estos casos.

Verificado por el facultativo el reconocimiento del cadáver de Su Excelencia, y hecha la disertación que en copia certificada se adjunta, se le trasladó a la ciudad como a las ocho de la noche y se depositó en la casa de aduana, que estaba preparada de antemano. Allí se le embalsamó, y colocado después en la sala principal del edificio con el aparato fúnebre, si no correspondiente a tan distinguido personaje, al menos proporcionado a los recursos del país, quedó expuesto al público, que anhelaba por conocerle y admirarle.

Un concurso numeroso de todas clases y sexos ocupaba frecuentemente la casa, de día y de noche, y no había uno que no lamentase la muerte prematura del héroe. Fijado el día 20 para dar sepultura al cadáver, se ejecutó en el orden siguiente: tendida en ala la milicia de la ciudad por las calles por donde debía pasar el entierro, y puesta sobre las armas la Guardia de Su Excelencia, comenzó la procesión a las cinco de la tarde, precedida por los caballos del difunto General, con caparazones llevando sobre ellos las iniciales del nombre de Su Excelencia, sin los cuatro cañones de campaña ni destacamento de artillería que previene la ordenanza, por no haberlos en la plaza. En el orden de marcha seguía el sargento mayor de ésta a caballo, y detrás un coronel y un primer comandante, también montados, todos tres con espada en mano. Después marchaba una compañía del batallón **Pichincha**, luégo las parroquias de la ciudad y el cabildo eclesiástico, sin asistencia del ilustrísimo señor Obispo, por hallarse enfermo, y en seguida el cadáver del Libertador, vestido con sus insignias militares, y conducido por dos generales, dos coroneles y dos primeros

comandantes. Detrás del cadáver, el comandante general del departamento, el comandante de armas de la plaza y sus respectivos estados mayores; luégo la Guardia de Su Excelencia compuesta también de otra compañía del batallón Pichinca, con bandera arrollada y armas a la funerala y después de ella los oficiales no empleados, y magistrados y ciudadanos de Santa Marta, presidiendo a éstos el gobernador de la provincia quien llevaba a su derecha uno de los albaceas del difunto General.

Desde la casa en que estaba depositado el cadáver de Su Excelencia hasta la puerta de la catedral, recibió todos los honores que la ordenanza señala a los capitanes generales del ejército. Un silencio religioso y un sentimiento profundo se notaba en el semblante de todos los que presenciaban la triste ceremonia del entierro del Libertador de Colombia, y las músicas sordas de los cuerpos, junto con el lúgubre tañido de las campanas parroquiales y el canto fúnebre de los sacerdotes de la religión, hacían más melancólico el deber de dar sepultura al Padre de la Patria. Llegado, en fin, el entierro a la santa iglesia catedral, se colocó el cadáver en un túmulo suntuosamente vestido, y allí tuvieron lugar los últimos oficios fúnebres.

Las compañías de Pichincha y Guardia de Su Excelencia y la fortaleza del Morro hicieron sus respectivas descargas en el tiempo que previene la ordenanza. Y concluída la función, Su Excelencia fue colocado en una de las bóvedas principales, con las precauciones necesarias para su conservación, desfilando seguidamente las tropas a sus cuarteles. Allí reposarán los restos venerandos del Genio de la Independencia hasta que pueda cumplirse su voluntad de trasladarlo a su país natal.

No habiendo en la plaza de Santa Marta las tropas suficientes, piezas de artillería ni otros recursos para enterrar a Su Excelencia con todo aquel

aparato y pompa que previenen las ordenanzas del ejército la Comandancia general ha tenido que pasar por la doble pena de no haber podido tributar a Su Excelencia todos los honores que por su graduación le correspondían, y que eran tan justos y tan dignos de sus virtudes y heróicos servicios. — Santa Marta, veinticuatro de diciembre de mil ochocientos treinta. El Secretario de la Comandancia General del Magdalena, **J. A. Cepeda.**

---

**PROCLAMA DEL EXCMO. GRAL. RAFAEL URDANETA EN LA QUE DIO CUENTA A LOS GRANADINOS DE LA MUERTE DEL LIBERTADOR**

“Colombianos: Agobiado por el peso del dolor me esfuerzo no obstante por cumplir con el más triste de mis deberes, como magistrado, como ciudadano, como amigo. Os anuncio que ha cesado de existir el más ilustre entre todos los hijos de Colombia, el Libertador, el fundador de tres Repúblicas, el inmortal Simón Bolívar. Después de haber agotado hasta las últimas heces el cáliz de amargura que le ofreció la suspicacia de algunos conciudadanos suyos. ha pasado a la región de las almas, dejando un vacío inmenso en Colombia, en América, en el orbe civilizado. — Bogotá, enero 9 de 1831. — 21. —**Rafael Urdaneta**”.

---

**BOLIVAR, LOS VASCOS Y LA LIBERTAD**

Simón Bolívar se llamó el ascendiente de Bolívar el Libertador. Oriundo de Bolívar, lugar de Vizcaya, distante de Bilbao unas horas de tren, vino a América en 1589, estableciendo su residencia en Caracas.

Los vascos, raza indómita y por naturaleza in-

dependiente, como todos los pueblos montañeses del globo terrestre, han sido buenos aliados de sus naciones vecinas en épocas de aventuras guerreras. Sin empresas propias por las cuales lanzarse a extrañas latitudes; sin planes de extensión de sus dominios, que nunca han tratado de ampliar, como nunca se resignarán a que se les restrinja ni allane, constituyeron valioso brazo para España en sus epopeyas de siglos pasados. Buenos amigos de sus vecinos, mientras no se pensó en conculcar sus sagradas libertades, dejan de serlo desde el momento en que su cooperación, mercenaria y libre, se pretende convertir en tributo de sangre obligatorio, con oscuras traiciones y violencias que la Historia se encargará de convertir en baldón y oprobio para las naciones que tal han osado.

Ningún compromiso ligó a los vascos con el estado español el engancharse en sus ejércitos expedicionarios cuando cruzaron el océano y emprendieron la conquista del continente americano. Aventureros como cualesquiera otros, buscaron glorias y dinero mientras glorias y dinero pudieran merecer sus actos de valor.

El suelo americano tenía que resentirse, al cabo del tiempo, de tántas pisadas de conquistadores, de tánto invasor, de tánto usurpador de sus bienes legítimos.

Por bien habida que salga al fin de cuentas la obra de conquista y colonización de España en estas tierras (que no pretenderemos condenar, pues ni apologistas ni detractores queremos ser en este punto), lógicamente tenía que llegar a convertirse el estado de esclavitud en que yacían los pueblos americanos en "horrible noche".

Sin que la sumisión a un pueblo sea recrudescida con sistemas bárbaros y arbitrarios, sobradamente constituye de por sí "horrible noche" para los pueblos oprimidos, toda vez que los despoja del dón

más precioso recibido de la naturaleza, que es la libertad.

Y no hay que esperar nunca (sería irrisorio), pues nunca tal ha ocurrido en la Historia; no hay que esperar a que los pueblos opresores declaren la "mayoría de edad" de sus "hijas". Eso es mucha candidez para decirlo en serio. La libertad, cuando deja de sentir sus ecos en el alma de un pueblo, hay que tomarla. Y cuando se ha echado del nativo suelo hasta el último invasor, entonces vienen las fórmulas de la amistad, la obra de la hidalguía que cercena enconos. Pero el "cesó la horrible noche" debe entonararlo a pulmón abierto todo hombre que no haya perdido como pájaro doméstico, la noción de libertad. Con ella no se hiere a nadie. Y el que se hiere no sabe de psicología humana ni conoce la Historia.

Sonó, pues, para las tierras americanas el himno de la redención. Hasta ahí llegaron los vascos. Como quien oye en las filas enemigas los cantos de su patria, se pasaron al lado de los que tales anhelos repetían. Y los que recorrieron países en son de merodeadores y a caza de riquezas, fueron los que tendieron la mano al indígena que clamaba "libertad" y le ayudaron a repeler al intruso. Y más tarde fueron un Anzoategi (así es como se escribe, pronunciándose **gui** sin necesidad de **u**, y sin cargar el acento en **Anzoá**), un Urdaneta, una Policarpa Salabarrieta, su amante Sarabaín, y tantos otros descendientes de vascos, con sangre de libres en sus venas, los que dieron calor a la obra de la independencia.

Esa ha sido la obra de los vascos en estos países. Su instituto de libertad es imborrable, a pesar de todas las corruptelas que puedan asentarse sobre su corazón. Quien demande su ayuda para redimirse, encontrará un fiel aliado en el vasco a toda hora.

Bien confirmó ese instinto de su raza el inmortal Bolívar, quien, sin violentar mucho las razones de genealogía, llega a su legítima cuna, el pueblecillo vasco de Bolívar, donde recientemente le fue erigido un monumento, con asistencia del Cónsul y Autoridades Colombianas, Venezolanas y de otras nacionalidades, con regocijos públicos, y donde con tal motivo se pronunció el discurso que a continuación publicamos, en la propia lengua vasca, por el preclaro hijo de Bizcaya doctor Fray Hipólito de Larrakoetxea, Profesor del Colegio Internacional de Carmelitas de Roma y Consultor de las Congregaciones Romanas, quien condensó toda la obra magna del Libertador únicamente en el concepto que de la libertad tuvo.

Fue dotado el gran caudillo de preclaro ingenio, y sus luces las empleó en analizar la condición del hombre, que, como la racionalidad, cuenta entre sus dotes esenciales la autonomía de su albedrío.

Gloria a Bolívar, mucho más grande que Napoleón, por cuanto que no fue ambicioso, sino todo lo contrario y dotó a muchos hombres del mayor beneficio que podemos desear: la libertad:

Al celebrar en las tierras beneficiadas con el grandor de su alma el centenario del eclipse de su vida, séales lícito al alma vasca poner en íntima conexión el nido de donde recibió la sangre, venteadada con auras de libertad, allá entre los montes de Bizcaya, con el suelo que abraza sus cenizas. Y si algún pueblo puede asociar su acento con los pueblos bolivarianos para entonar sus himnos de libertad con propia y ferviente convicción, nadie lo dude, es el pueblo vasco.

**Un vasco**

---

Sermón pronunciado por el doctor Fray Hipólito de Larrakoetxea en la Misa Solemne celebrada en Bolívar (Biskaya) en las festividades organizadas con motivo del monumento que se le erigió a Bolívar, el Libertador, en dicho lugar. (Agosto de 1927).

---

**Laudemus viros gloriosos  
— Eccc. 44— 1. Alabemos  
a los varones famosos.**

No sólo justa sino también provechosa es la alabanza de los vorones insignes.

La justicia exige dar a cada uno lo suyo. Por ende el reconocer y proclamar la grandeza de los hombres insignes, la ciencia de los sabios, el valor de los héroes, la virtud de los santos, es cosa que demanda la justicia, puesto que no se le da más que lo que es suyo.

Pero el confesar y proclamar la grandeza de los hombres grandes, si justo para ellos, es provechosísimo para los demás. Somos la mayoría de los hombres pequeños, rastreros así en nuestros ideales como en nuestras empresas. Los valientes, los héroes, los magnánimos y los de corazón generoso son muy pocos y que sólo en contadas épocas aparecen en el mundo. Difícilmente llega a tener un pueblo uno solo de estos hombres en cada siglo.

Pues bien, señores; nosotros los pequeños y rastreros tenemos necesidad de recordar a esos hombres grandes y de apoyarnos en ellos, si no queremos perecer en nuestra pequeñez y miseria. A la manera que los pájaros, al ver volar a sus padres, sienten el deseo de imitarles, del mismo modo nosotros, al considerar las gloriosas hazañas de los hombres grandes e insignes, experimentamos el deseo de reproducirlas; desearíamos hacer otro tanto. Así como el sol ilumina y calienta cuanto alcanza

con sus rayos, de la misma suerte los grandes hombres infunden a cuantos se le acercan propósitos de emular sus empresas gigantescas.

Y si tan provechosa es la memoria de un hombre cualquiera, mucho más útil resulta cuando ese hombre es de nuestra raza, lleva nuestra sangre, procede de nuestro pueblo. Apenas le recordamos, exclamamos espontáneamente: Cómo? No puedo acaso ser yo también tan grande y famoso como él? Acaso aquel hombre no fue también de mi pueblo, hijo de mis antepasados, de mi parentela, de esa casa de ahí? Si aquél ha llenado el mundo con la fama de su nombre, por qué no hacer yo otro tanto? Por qué no seré también yo de corazón noble y generoso renunciando de una vez a estas ruindades y miserias que me atormentan?

El pueblo vasco tiene, no uno que otro, sino muchos varones grandes e insignes. No tenemos los vascos por qué mendigar a otros pueblos los varones excelsos; nos bastan y sobran los nuestros. Y a la verdad que son grandes nuestros hombres. Los héroes y varones ilustres de otros pueblos tienen con frecuencia empeñada su gloria con las lágrimas y sangre de otros pueblos, a quienes han oprimido y martirizado; si aparecen grandes, si su figura aparece en alto, constituyen su pedestal millares y millares de cadáveres. No son de esa especie nuestros grandes hombres. Los vascos, nuestros héroes, jamás han amado elevarse sometiendo, oprimiendo a los demás; ellos han aborrecido grandeza y fama empañada por las lágrimas y sangre de los oprimidos y fundada en la injusticia. Si ellos son grandes, lo son por sus méritos, por su rectitud.

Tal fue también el hombre que hoy honramos, el insigne Bolívar. Originario de este pueblo, no obstante que transcurrieron varios siglos desde la partida de sus antepasados a la América, todavía corría abundante y vigorosa por sus venas la sangre

vasca; y juntamente con la sangre el alma noble, recta y valerosa de los vascos. Impulsado por esa sangre y alma vascas sobrellevó las mayores penalidades para coronar su laudable y heroica empresa; para libertar los pueblos americanos sujetos a la dominación española y merecerse el gloriosísimo título de **LIBERTADOR**.

Muchos y gruesos volúmenes se han escrito sobre este hombre extraordinario para relatarnos quién fue y sus épicas hazañas; sin embargo no bastan para describirnos su grandeza real. Empresa ardua, por consiguiente es la mía: pretender exponeros en un breve sermón la figura de este vuestro insigne paisano.

Cuando el nombre está bien impuesto debe expresar el ser del que lo lleva; por ende, el nombre de Libertador que han dado a Simón Bolívar debe expresar también su nota característica; es decir, que si Simón Bolívar fue insigne por otros títulos, la raíz principal de su grandeza y fama es la de haber dado vida libre e independiente a tántos pueblos. Por qué os parece que han erigido ese monumento Venezuela y demás repúblicas americanas? Seguramente por haberlas librado de la dominación extranjera. Así, pues, también yo le consideraré por este aspecto de **LIBERTADOR**.

El dón máspreciado que Dios ha hecho al hombre es la libertad; la libertad, el poder disponer de sus actos como dueño y señor consciente le diferencia más que ninguna otra propiedad de las bestias y demás séres de la creación. Las bestias obran por instinto y por necesidad; no así el hombre; si el hombre obra en uno u otro sentido, lo hace libremente; si hubiera querido, habría podido obrar precisamente lo contrario. Y Dios mira con gran respeto la libertad humana, dón suyo; jamás la destruye ni encadena. Enseña sí al hombre el camino recto por donde debe caminar; le prescribe aun bajo

severas penas dirigir sus pasos por él; pero nunca jamás le fuerza y coacciona a ello; siempre deja en manos de su libre albedrío el cumplir o quebrantar sus mandamientos.

Siendo la libertad una propiedad de la naturaleza humana, se sigue que es propia de todos los individuos de la especie humana. Todos los hombres nacen libres y para ser libres; no hay nadie que haya nacido esclavo ni para esclavo; ni el blanco del negro, ni el negro del blanco. Dios nos ha hecho a todos iguales y, por ende, nadie tiene derecho a reducir a esclavitud a ningún hombre, y quienquiera lo hiciere perpetra uno de los crímenes más detestables, ya que roba y conculca uno de los derechos más grandes e inviolables que Dios ha dado al hombre.

La igualdad esencial de todos los hombres, la consiguiente libertad de todos los individuos y que por ende nadie tiene derecho a esclavizar a ningún hombre por débil, por impotente que sea, sea cual sea el pueblo o raza a que pertenezca, parece una verdad evidente y de todos conocida. Sin embargo no ha sido así. Los mayores sabios de Grecia y Roma anteriores a Jesucristo desconocieron esa verdad; según ellos no eran iguales todos los hombres. Ellos, los de su nacionalidad, nacieron para dominar, los extranjeros para ser sus esclavos. Y con arreglo a semejantes principios esclavizaron ora por fuerza, ora por dinero, a millares y millones de individuos humanos a quienes miraban y trataban como a bestias y otros objetos de su propiedad; les mataban, vendían y compraban en público mercado como nosotros a las bestias. Si nosotros vemos tan claro la igualdad esencial de todos los hombres en cuanto a sus deberes y derechos, lo debemos a Jesucristo y a su Iglesia. Jesucristo nos ha enseñado que todos somos hijos de Dios, obra por igual en sus manos, de origen único; que todos somos iguales en

su presencia, seamos pobres, seamos ricos; que Dios ama por igual a todos los hombres, sean de un punto, sean de otro; que para Dios no indica preferencia que uno sea blanco o negro, vasco o español o francés, europeo o indio; que para El no hay más que hombres criados a imagen y semejanza suya y redimidos por la sangre de Jesús.

Pues bien, señores: cuántos años y cuántos siglos se han necesitado para que los mismos cristianos conocieran semejante verdad y sobre todo cumplieran los deberes que de ella se seguían! Hasta el siglo pasado ocurría en América lo que antiguamente acontecía entre los griegos y romanos. Los europeos que emigraban allá en busca de riquezas, creían bueno y justo todo medio con tal que sirviera para apagar su sed de dinero. Entre ellos empleaban el de esclavizar a los mismos indígenas americanos o indios, a los dueños legítimos de aquellas riquezas y tierras, y sobre todo a los negros cazados como fieras en sus tierras africanas. Excelente medio que les proporcionaba los brazos necesarios sin el problema de jornales y salarios.

Los vascos hemos sido siempre amantes de la libertad e independencia hasta el individualismo; nosotros hemos querido constantemente gobernar-nos a nosotros mismos sin sufrir intromisiones extrañas. Este amor a la libertad e independencia ha sido la causa principal por que la nación vasca haya subsistido a través de siglos y siglos a pesar de su pequeñez numérica, en tanto que otros pueblos grandes y célebres en la Historia desaparecieron ya hace muchos siglos.

Pues bien; si uno es amante de su libertad y al mismo tiempo de corazón recto y generoso, querrá también para los demás lo que tanto ama para sí; si él aborrece vivir encadenado, tampoco querrá esclavizar a los demás. He ahí precisamente lo que ha ocurrido en el pueblo vasco; en Euzkadi jamás

se ha conocido esa vergüenza de la esclavitud ;los vascos nunca se han sentido dominados del apetito de conquistar y sojuzgar otros pueblos. Así como ellos han querido ser libres, así también han dejado que los demás lo sean. Hé ahí también precisamente lo que ocurrió a Bolívar, descendiente de vascos. Bolívar sintió desde muy joven este amor a la libertad. Su noble espíritu no podía sufrir el espectáculo de un hombre privado de su libertad, esclavo de otro hombre, ni siquiera de sí mismo. Por eso su primer acto fue dar libertad a los negros esclavos que heredara de sus antepasados. Fue el primero en realizar tal acto. Comprendía Bolívar que con ello recibía gran quebranto su hacienda, pero prefería morir de hambre y de miseria que ver a un hombre encaneciendo como un perro. Qué le importaba a él que todavía nadie hubiese dado semejante paso? Los grandes hombres no necesitan que nadie les enseñe el camino ; son ellos los guías de los pueblos.

Que un individuo no tiene derecho para privar de la libertad, para esclavizar a otro individuo, es una verdad que hoy creo la admiten todos. Pero no tan sólo los individuos, sino también los pueblos, las naciones, tienen derecho a vivir libres, y en verdad por derecho recibido de Dios, pues, siendo las naciones obra de la naturaleza y por consiguiente de Dios autor de aquélla, se sigue que sus propiedades dimanen también de Dios. De donde, si es un grave crimen que un individuo esclavice a otro individuo, no es menor que una nación prive de su libertad e independencia a otra ; y así como decíamos que todos los individuos tienen iguales derechos en orden a la libertad, otro tanto hay qué decir de las naciones. No hay naciones hechas para dominar y naciones formadas para ser colonias o esclavas de otra ; si los africanos no tienen derecho a dominar a Europa, tampoco los europeos tienen derecho a sojuzgar el Africa. Es esto pura y estricta verdad ; sin

embargo son muchos los que no la conocen. Creen muchos que se puede y se debe amar a la propia nación sin medida; que todo medio es bueno y justo con tal que contribuya a la grandeza de la patria. Que para ensanchar sus fronteras conviene aplastar o suprimir otra nación? Pues se la aplasta y suprime. Que le vendrían muy bien a la propia nación las ricas y hermosas tierras de la vecina? Pues se las quita y arrebatata. Si un individuo arrebatata por fuerza o fraude a otro una cosa, se le llama ladrón; pero si oprime, roba y destroza un pueblo, una nación, entonces con frecuencia, por no decir siempre, se le recibe con vítores y aplausos, se le considera y celebra como a un héroe a quien no es sino un bandido y malvado. Quedan los hombres entusiasmados al ver a su patria extensa, rica y poderosa y no consideran que en general o siempre ocurre lo que decía San Agustín: "que los grandes estados no son sino grandes rapiñas".

No, señores, no; no tiene derecho una nación para sojuzgar a otra, una raza para esclavizar a otra y lo que se arrebatata sin derecho es latrocinio y rapiña; y así como el dueño tiene siempre derecho a exigir al ladrón la devolución de lo robado, de la misma suerte los pueblos oprimidos por la fuerza conservan siempre su derecho a la libertad e independencia. Sólo en el caso rarísimo, hipotético casi, de que un pueblo se vea acometido por otro que le quiere arrebatatar su independencia, podrá en justa defensa de su derecho y siempre que no le quede otro medio de legítima defensa, sojuzgar y dominar a la nación injustamente invasora de su propia libertad; pero aún en este caso en tanto grado y por tanto tiempo cuanto lo exija la defensa de su propia independencia. Más aún; no sólo los pueblos sojuzgados por la fuerza, sino también los legítimamente y por natural evolución formados tie-

nen derecho a la independencia desde el momento en que han llegado a ser capaces de gobernarse a sí mismos, a la manera que los hijos mayores de edad tienen derecho a emanciparse de la patria potestad y constituír propio hogar.

Esta verdad tan encarnada en la conciencia tanto individual como colectiva de los vascos, según queda arriba indicado, dominaba totalmente el espíritu noble de Bolívar. Bolívar vio que los pueblos americanos tenían derecho a la independencia. Quizás también lo vieron otros, pero sólo él, Bolívar, se sintió con voluntad y resolución de poner en posesión de ese legítimo derecho a la mayor parte de la América sujeta al dominio español. Si hoy son libres Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador, Perú y Bolivia, se lo deben a Bolívar; él fue la cabeza y el brazo de cuantos trabajaron por su independencia.

Antes que en ninguna otra cabeza surgió en la suya el propósito de libertad a su patria cuando apenas pasaba los veinte años y se encontraba en Roma. Apenas regresó a su patria fue el alma de todos los patriotas; él inflamaba en amor patrio a cuantos le rodeaban. Sin embargo considerándole demasiado joven y poco experto en el arte de la guerra, en un principio confiaron a otros el mando del ejército patriota. Mas pronto hubieron de arrepentirse; todos, menos Bolívar, quedaron derrotados, deshechos a las primeras acciones que con los españoles tuvieron. Aquellos generales demostraron no poseer ni cabeza ni corazón de caudillos. Vencidos en los primeros encuentros, renunciaron por imposible la empresa de libertar a su patria. Pero allí estaba Bolívar. Solo, empero animoso y optimista como nunca, seguro del triunfo. Sin hecer caso más que a su cabeza y a su corazón, desde las montañas de Colombia llamó, como Matatías, a cuantos sintieran el amor a la libertad e independencia, y pues-

to al frente de los pocos valientes que respondieron a su voz, destrozó a cuantos ejércitos españoles la salieron al paso, y al cabo de pocos años aseguraba la independenciam de Venezuela y Colombia.

No bostaba esto, sin embargo, para satisfacer su espíritu de libertad. Viendo el Ecuador, Perú y Bolivia bajo el dominio español, resolvió correr en ayuda de los que allí luchaban por su independencia, y, tras quebrantar en duros encuentros los últimos restos del poder español, entró triunfador en Quito y Lima. Llovían por todas partes vítores y aplausos, felicitaciones al **LIBERTADOR**. Quién no pierde la cabeza con tánto incienso? Bolívar. Entonces demostró Bolívar que era verdaderamente grande, mucho más grande que cuando abatía los enemigos de su patria. Muchos otros grandes generales ha habido, pero que hayan sabido no perder la cabeza, sin ensoberbecerse ni enloquecer entre las aclamaciones de los pueblos, ha habido muy pocos. Se le acercó por aquellos días de fortuna y gloria un amigo suyo venezolano sugiriéndole que se coronara emperador de las tierras libertadas a semejanza de Napoleón, y hé aquí lo que Bolívar, republicano convencido, como buen vasco, le contestó: **“Napoleón era grande y único y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Tampoco quiero imitar a César..... Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria”**.

Bolívar dio por la independenciam de su patria cuanto tenía: su inmensa fortuna y su salud robusta; en recompensa no quería sino el bienestar, la completa libertad, la tranquilidad y el florecimiento de su patria con su gratitud. Nada de mando. Convencidos los pueblos redimidos de que nadie mejor que él podía gobernarles, repetidas veces le confiaron sus destinos, pero él rechazó constantemente tales ofertas.

Ante la gigantesca cuanto penosa labor de Bo-

lívar parece que todos los americanos rebosarían de gratitud hacia su libertador. Así era en efecto en cuanto a la inmensa generalidad. No le faltaron sin embargo enemigos y envidiosos, y precisamente entre sus mismos camaradas de antaño. La grandeza de Bolívar les hacía sombra, les mortificaba su fama, y olvidando los favores de él recibidos, resolvieron asesinarle. No lograron su propósito porque en la oscuridad de la noche pudo huír Bolívar. Salió vivo materialmente de aquel peligro, pero herido mortalmente en su corazón. No podía comprender que aquellos a quienes tan costosamente diera él la vida de libertad e independencia, quisieran quitársela. Triste, apesadumbrado, con el corazón manando sangre se retiró a un apartado rincón; no ciertamente para madurar cruel venganza de sus enemigos, pues él no aborrecía a nadie, sino para prepararse a una muerte cristiana. Y siempre aparece grande, noble, Bolívar, su figura alcanza gigantescas proporciones en su última hora. Al ver las rivalidades, bandos y miserias surgidas en su patria, exclama:

**“Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.**

Recibió con gran fervor los últimos sacramentos; en su testamento hizo profesión de su fe católica y de que perdonaba de todo corazón a todos sus enemigos; y a fin de que éstos no sufrieran el menor disgusto ni persecución por causa suya, hizo destruir su correspondencia que comprometía a muchos de ellos. De este modo, solo, pobre, en casa ajena, fuera de su patria, moría el 17 de diciembre de 1830, a los 47 años de edad.

Es Bolívar por cualquier aspecto que se le considere, como hombre, como caudillo, como estadista, grande, noble, magnánimo y verdaderamente cristiano hasta sus últimos instantes, sin otra ambi-

ción que el bien de su patria libre. Inteligencia clara, voluntad firme y activa, carácter afable. Como legislador, general, orador, es Bolívar una de las figuras más brillantes de la humanidad; pero sobre todas sus glorias y la que compendia todas está la de **LIBERTADOR**, característica directamente recibido del pueblo vasco que le ha producido.

Vosotros, bolibartarras, sus paisanos, recordadle constantemente a la vista de ese monumento; imitad sus virtudes, sus hazañas, su amor a la libertad individual y patria, y, si no las alabanzas de los hombres, tendréis las de Dios que premia toda obra buena.

Nota. — Traducido del vasco. J. S. M.

---

## BOLIVAR

### LA VOLUNTAD. — EL DESINTERES. — EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Padre! Que no sea irreverencia de mi parte ensayar tu elogio; que al pronunciar tu nombre, tenga mi boca la unción santa de quien oficia ante la Patria como en un altar; que al recordar tu vida, mi corazón arda como un incensario a los pies de tu estatua, y que si mi pobre homenaje resulta profanación, me lo perdones. Yo quisiera que no fuera otro que aquellos dos minutos de silencio con que el pueblo de Colombia recordará el instante doloroso de tu muerte. En ellos he de concentrarme en mí, meditar tu vida, rendirte el tributo de mi anonadamiento y musitar desde lo más recóndito de mi sér una oración: **Requiescat in pace**. Que el genio de la guerra de la actividad y de la constancia, el que no tuvo reposo en la tierra, descanse en la paz del Señor.

---

Estudiar la vida de Bolívar, por todas sus facetas, en el corto espacio de un discurso, resultaría un vano empeño. Más de dos centenares de volúmenes, número acrecido ahora con motivo de su centenario, y escritos en distintos idiomas, están consagrados a relatar su vida, analizar sus empresas, penetrar su mente y exaltar su gloria.

Guerrero, político, legislador, hombre de mundo, orador, escritor y creyente, el poliedro de su existencia multiforme presenta tantas caras que se haría imposible mirarlas de una vez.

Yo quiero contemplar sólo tres de esas facetas, seguro de que ni aun siendo tan pocas alcanzo a estudiarlas a fondo.

### LA VOLUNTAD

Tal fue su virtud de acero.

Desde el grandioso juramento del Monte Sagrado, hecho en un arranque de febril entusiasmo, empezó el empeño tesonero de Bolívar por dar libertad a la América.

Victorioso aquí, derrotado allá, su actividad se desborda. Por la llanura ilímite, por la abrupta montaña, sobre la linfa turbia de los grandes ríos y sobre la movible superficie de los mares se desata su odisea. Nada lo arredra ni nada lo detiene. Es el hombre-voluntad. Corre de Venezuela a Nueva Granada, de Nueva Granada a Venezuela, del continente a Jamaica y Haití y de éstas otra vez a la tierra firme. Sigue al Ecuador, marcha al Bajo Perú alcanza al Alto Perú, y en ese ir y venir va sembrando la libertad en todos los climas y enseñándola a todos los pueblos.

---

Aun la estadística, con la sequedad de sus números, tiene vida y expresión cuando nos dice que el Libertador dirigió once campañas, mandó en jefe treinta y seis batallas campales y que bajo su es-

pada se libraron cuatrocientos setenta y dos combates.

De todo eso, la campaña libertadora de 1819 es la página en donde aparece en su máximo su voluntad indomable. Estaba entonces en la plenitud de sus energías. Ayuda a poner la carga a las bestias y a aligerar las canoas; duerme a la intemperie bajo la inclemencia de esos llanos que al decir de Lindbergh son para un aviador el mayor desconcierto; soporta los soles y las lluvias; nunca se queja de cansancio y es vivo ejemplo para sus tercios. Al ascender a la cordillera, se necesita de toda su constancia y de toda su decisión para infundir ánimo a esos soldados acostumbrados al llano, que desfallecen por las fragosidades del camino, por la altura y por el frío.

Allí, sobre Pisba, lo contempla el poeta cuando canta:

“Es grande más que Aníbal cuando al alpino flanco remonta y desde el lomo de su elefante blanco muestra a las hordas púnicas el despertar del sol”.

En el terremoto de Caracas la decisión y entereza de Bolívar triunfan de los prejuicios más difíciles de vencer, imponiéndose sobre las muchedumbres sobrecogidas de espanto y contrarrestando con el brillo de su espada y el fulgor de sus ojos las tremendas amenazas con que los enemigos de la independencia atenazaban las almas atormentadas y sumidas en la ignorancia. “Si la naturaleza se opone—dijo en un arranque de su energía indomable—lucharemos con la naturaleza”.

Con aquella voluntad era imposible el fracaso. Pero donde ella, años más tarde, se puso de manifiesto otra vez, tanto más sublime cuanto más desesperadas eran las circunstancias, fue en Pativilca.

Don Joaquín Mosquera es el testigo de aquella viva manifestación de energía. “Seguí por tierras

de Pativilca — dice al hablar de su regreso del Perú — y encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared en un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus dos rodillas puntiaguadas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar mis lágrimas y no dejarle conocer mi pena y mi cuidado por su vida”.

La situación no podía ser más lamentable. El ejército peruano se había retirado sin batirse, huyendo de los españoles; los ejércitos de Chile y de la Argentina habían abandonado a los patriotas; quedaban sólo cuatro mil colombianos aguerridos y tres mil peruanos inexpertos, los cuales tenían que habérseles con un ejército español constante de veintidós mil hombres. Y para colmo de males las rencillas internas minaban a los patriotas. “Todas estas consideraciones — continúa D. Joaquín Mosquera — se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe medio muerto, y, con el corazón oprimido, le pregunté: ¿Y qué piensa hacer usted ahora? Entonces, avivando sus ojos huecos, y con tono decidido, me contestó: “¡Triunfar!”

Tal el héroe.

En concepto de los historiadores, fue el hombre que más tierras recorrió a caballo. Por eso al morir, se observaron en su cuerpo los estigmas que la silla guerrera, en veinte años de campaña, había hecho en sus carnes.

La obra de la independencia fue la obra de la constancia y de la visión de ese hombre. El mismo lo decía, según aparece en las páginas del “Diario de Bucaramanga”, al hablar de su voluntad de

hierro: "Aquella voluntad poderosa que nada podía detener; siempre adelante, nunca atrás; tal era mi máxima, y quizás a ella debo mis triunfos y lo que he hecho de extraordinario".

### EL DESINTERES

La empresa de la libertad americana, pero especialmente la que llevara a cabo el Libertador, está aprestigiada a los ojos de la humanidad por el más puro desinterés.

Si comparamos a Bolívar con los mayores capitanes del mundo, antiguos y modernos, observamos una notoria diferencia. Aquellos se movieron por ambición o por codicia y en todo caso por espíritu de conquista, y el Libertador, en cambio, luchó veinte años por el solo amor a la libertad.

De allí que aparezca más grande a la razón que todos los viejos héroes.

Nacido de padres nobles, heredero de grandes riquezas, perteneciente a la mejor aristocracia caraqueña y relacionado en la corte de España con lo mejor de la nobleza, lo sacrifica todo a la obra de la libertad.

En el discurso de Angostura dice: "Yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la república". Rehúsa en el Perú el millón de pesos que pone a su disposición el congreso, y coloca sobre las sienes de Sucre la corona de oro y diamantes con que lo obsequiera la municipalidad del Cuzco.

De su generosidad sin límites habla el general Posada Gutiérrez, y nos dice que el Libertador empleaba sus sueldos en socorrer a las viudas, auxilios a los militares y limosnas a los pobres vergonzantes: hasta su quinta, en las inmediaciones de Bogotá, la regaló a un amigo suyo....."

"Ese rasgo, dice O'leary, es característico de Bolívar. Nunca en el curso de su vida pública es-

quívó los sacrificios pecuniarios, aunque estuviera reducido a la más absoluta escasez”.

Se podrían citar, en fin, muchos ejemplos, para poner demanifiesto su caridad y su desinterés.

Pero no es en eso en donde se muestra más grande. En el año de 1825, en el apogeo de su gloria, cuando la vida era para él dulce y risueña, cuando en los embrujamientos de “La Magdalena” paladeaba el filtro de todos los placeres y era objeto de todos los honores y lisonjas, escribíale el general Paez: “La situación de este país es muy semejante en el día a la de Francia cuando Napoleón se encontraba en Egipto y fue llamado por aquellos primeros hombres de la revolución, convencidos de que un gobierno que había caído en manos de la más vil canalla, no era el que podía salvar aquella nación; y usted está en el caso de decir lo que aquel hombre célebre entonces: los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla”. Se trata de ceñirle una corona. Bolívar contestó: “Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. . . . Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. . . . El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto, es imposible agrandarlo. . . . Este proyecto no conviene ni a usted, ni a mí, ni al país”.

Pero hay que ver que era entonces cuando empezaban los tiempos en que su gloria iba llenando el mundo, en que el entusiasmo por el nombre de Bolívar embargaba todos los corazones y una especie de idolatría provocaba el héroe.

Era locura. Era frenesí.

Ya antes, en la metropolitana de Caracas un notable orador sagrado, después de hablar del Misterio de la Santísima Trinidad, había prorrumpido así: “Y qué extrañar, señores, que de Bolívar hable cuando hablo del Santísimo Misterio de la Trinidad? El grande hombre está representado en ésta, pues

Bolívar es el padre de la Patria, el Hijo de la Gloria y el Espíritu de la Libertad”.

Un enviado de la Argentina, al saludar al Libertador en el Potosí — dice el doctor José Manuel Restrepo — dobló una rodilla al extenderle la mano, y el doctor Manuel Lorenzo Vidaurre, peruano distinguido, se colocó en cuatro pies delante del Libertador y le dijo: “Señor, ante el héroe superior de los hombres no creo deber ni poder presentarme sino en esta posición. Hónreme S. E. dejando sentir su planta bienhechora sobre mis espaldas.

Pero no sólo en los países por él libertados recibía Bolívar alabanzas y homenajes. También en Europa y en Norteamérica empezaba a crecer su gloria.

Lafayette le dice, en carta escrita en París, que la Europa liberal “tiene los ojos puestos en Colombia y en la vida de su Libertador”; Sir Robert Wilson, miembro del parlamento británico y general bajo Wellington, le escribe: “Londres se ha electrizado ante el resplandor de las hazañas de V. E. y la magnificencia de sus fiestas. . . .” Y así de muchos otros personajes de renombre en el mundo.

Pero tantos homenajes, tantos elogios, tantas incitaciones, no fueron bastante a determinar al Libertador a ceñirse la corona. Antes, por el contrario, en todas las ocasiones renunciaba el mando.

Para él, las palabras dirigidas al presidente del congreso de Cúcuta fueron como la norma de su vida: “Cambíadme, Señor, todos mis dictados por el de buen ciudadano”.

Ni el poder ni el dinero deslumbraron su alma. Era el hombre desinteresado. Luchaba por un ideal puro, y nada lo hacía cambiar de rumbo. Su juramento frente a Roma no fue el de un conquistador sino el de un convencido.

Por eso pudo escribir, en los últimos meses de su existencia, desde su Quinta de Fucha, al doctor

Fernández Madrid, estas palabras: “El hecho es que mi situación se está haciendo cada día demasiado crítica, sin tener esperanza siquiera de poder vivir fuera de mi país de otro modo que de mendigo”. Al otorgar su testamento no dejó sino unos pocos bienes y algunas deudas, y al dormirse en el sueño de la gloria, carecía aun de las prendas de vestir más necesarias.

“Por eso la voz del pueblo — al decir de Cornelio Hispano — que es la voz de Dios, y la que ha forjado siempre las más bellas leyendas del mundo, sintetizó para la posteridad una de las mayores y excelsas virtudes de Bolívar, el desinterés, en una frase admirable: “Murió sin camisa”.

### EL HOMBRE PROVIDENCIAL

La imaginación humana ha comparado la vida del hombre, por lo fugaz e inconsistente con la llama de una lamparita que ora se alarga, ora se encoge y se ladea indecisa como en un supremo esfuerzo de agonía, hasta que una débil racha de viento que penetra en la estancia la extingue.

Así de efímera es la vida del hombre.

La muerte ronda por todas partes. Es ubicua y eterna: flota en el agua que bebemos, en el aire que respiramos, en la chispa que cae, en la nube que pasa. Vive en el mar, en la tierra y en el aire. Es aliada de la casualidad y hermana de lo inesperado. Tiene pactos secretos con el hombre perverso. La naturaleza le presta sus más eficaces elementos. Está en potencia en el filo del arma que forja el armero, en la bala que se funde, en la flecha que nace. En la mezcla que el químico ejecuta en su laboratorio y aun en el cultivo que se hace para guardar la vida, vive oculta. Habita en la selva, en el pantano, en el desfiladero y en el foso. Corre por los alambres, sube a los edificios, se instala en los talleres. Se acurruca en la garra; en los anillos de la

sierpe; en la cornamenta y en el casco. Cabalga a la grupa de los jinetes, sobre el pescante de los coches, en la rueda de los automóviles y sobre la manivela de la locomotora.

De día y de noche, ayer, hoy y mañana y siempre, anda en acecho la muerte.

El Libertador, el hombre del medio millar de combates, la vio cara a cara, y sin embargo, la Mano que todo lo guía lo condujo a su destino. Sólo por un milagro de la Providencia se concibe que en veinte años de peripecias guerreras, asediado, acechado, perseguido, buscado, traicionado, andando por la montaña y la llanura, por el río y el mar, haya podido escapar de la muerte.

En el Tequendama salta sobre la piedra que mira al abismo, y las ferradas suelas de sus botas se afirman sobre el duro canto para que el héroe contemple a sus pies, humillada, la rugiente catarata, y para que su silueta, irisada entre la bruma, aparezca como el espectro de la leyenda chibcha.

En Casacoima es sorprendido por una patrulla enemiga, en condiciones que no le queda otro recurso para salvarse que meterse a una laguna infecta "con más olor de sepultura de cocodrilos que de ensenada del Orinoco", al decir de Juan Vicente González.

"El hecho de Ocumare — dice en su carta a Fernández Madrid el mismo Bolívar — es la cosa más extraordinaria del mundo: fui engañado a la vez por un edecán del general Nariño, que era un pérfido, y por los marinos extranjeros, que cometieron el acto más infame del mundo, dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo, cuando uno de ellos, Mr. Bidau, volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme....."

En Jamaica, el negro Piito, aborto de la traición, ve ocupada la hamaca del Libertador, y cre-

yendo que es éste quien la ocupa, le da al infeliz Armestoy dos puñaladas, dejándolo muerto.

En la mata del Rincón de los Toros se le sorprende en su hamaca y se le hace una descarga de la cual resulta salvo milagrosamente.

Y en la noche de septiembre — mejor fuera no mencionarla! — escapa de los puñales asesinos, evitándole a Colombia la página más negra y más vergonzosa que pudiera manchar la historia de un pueblo.

Y de esos lances, como los relatados, y de los comunes en la guerra, otros muchos, en que la vida del Padre de Colombia estuvo a punto de parar su carrera.

La muerte, empero, lo respetaba. El Dios de los ejércitos, el Dios de Colombia, velaba sobre su existencia para que cumpliera su destino. Cómo nó, si después de Casacoima, delirante, pero con delirio de gloria, loco, pero con una locura sublime, promete llevar las banderas de la libertad a lo largo de los Andes, hasta hacerlas flamear a las heladas brisas del Potosí.

Sólo cuando había concluído su obra, cumplido su promesa, y cuando — como todos los genios — había sorbido la copa de todas las ingratitudes, se suspende el ritmo de su corazón.

Por eso dijo bien el cura de Pucará cuando al saludarlo en la más bella oración que han escuchado oídos americanos exclamó: “Sois, pues, el hombre de un destino providencial”.

En el primer centenario de tu muerte, oh Padre!, Colombia te aclama y te bendice.

Suenan al aire los himnos patrióticos, preguntan tu gloria las cornetas; lloran tu ausencia las campanas; retumban los cañones; ondean las banderas; repiten tu nombre los ecos; se elevan los cora-

zones; son en honor tuyo el ruido y el silencio; preside tu estatua las ciudades; te ensalzan bocas publicando tus glorias ;surge alada la oración de los pechos agradecidos; y sobre el ara santa, en miles de pueblos libres, por tí, oh Padre!, la Hostia se ofrece en holocausto.

Pero a todos los homenajes con que tus hijos quieren honrarte, hay uno que debe serte especialmente grato — la paz — porque tus últimos votos fueron por ella.

Colombia te presenta la paz en homenaje irrevocable.

**Fernando Gómez Martínez**



DECRETO No. 2081 DE 1930 . . . . .

(Diciembre 10)

por el cual se dicta una disposición sobre el uso del Pabellón Nacional.

**El Presidente de la República,**

en uso de sus facultades legales, y

**Considerando:**

Que por el decreto número 861 de 1924, está dispuesto que el Pabellón o Bandera Nacional sólo podrá izarse en los días 20 de julio y 7 de agosto, fuera de los edificios, oficinas y monumentos públicos, y

Que con motivo del centenario de la muerte del Libertador y Padre de la Patria, Simón Bolívar, y como tributo a su memoria veneranda debe izarse el Pabellón Nacional de manera especial,

**Decreta:**

Artículo 1o. — En todos los edificios, monumentos y oficinas públicas de la República en que se iza el Pabellón Nacional los días festivos, el 17 de los corrientes que se cumple el primer centenario de la muerte del Libertador, se izará dicho Pabellón a media asta en señal de duelo.

Artículo 2o. — En los edificios y residencias particulares deberá izarse el Pabellón Nacional en la misma luctuosa fecha con un lazo de crespón o cinta negra atada en la parte superior del asta, como tributo que rinde el pueblo colombiano al Padre de la Patria.

Comuníquese y publíquese.

**ENRIQUE OLAYA HERRERA**

**Agustín Morales Olaya,**  
Ministro de Guerra”.

**Nota.** — En 1873, cuando tenía 18 años, don Marco Fidel Suárez le envió a su padre un retrato con esta dedicatoria:

“Al señor José María Barrientos como obsequio débil pero cordial de amor y gratitud. Su afectísimo hijo S. S.,

**Marco Fidel Barrientos**

Bogotá, agosto — 1873”.

(J. S. M.)